

GENIO Y FIGURA

José Gabino Castillo Flores:

**“LA HISTORIA TIENE QUE RECUPERAR
SU DERECHO A PENSAR EL PRESENTE”.**

Fátima Geraldly Aguillón Gutiérrez ¹
Universidad Autónoma de Nuevo León

El doctor José Gabino Castillo Flores es licenciado en Historia por la Universidad Veracruzana, maestro en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México, y doctor en Historia por El Colegio de Michoacán. Actualmente es profesor-investigador de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Coahuila, miembro del Sistema Nacional de Investigadores, y estudioso de temas de historia de la Iglesia y del clero durante la época virreinal. En entrevista, el doctor Castillo comparte un poco sobre sus inicios, su formación y su vida académica, al mismo tiempo que aborda fascinantes perspectivas sobre el ejercicio de la disciplina histórica en el presente y en el porvenir.

La primera pregunta sería: ¿cuáles son sus orígenes? ¿Cuándo y dónde nació? ¿Nos puede hablar un poquito de ese Gabino Castillo, dejando por ahora de lado su faceta como historiador?

Claro que sí. Estamos hablando de cosas de las que no pensé que hablaría en algún momento de la carrera. No lo consideraba como parte de la misma, pero qué bueno que aquí estamos hablando un poco de la persona, que creo que también es importante. Yo nací en 1983 en el estado de Veracruz. Nací en una ciudad que se llama Martínez de la Torre, que se encuentra un poco al centro norte del estado de Veracruz. Aunque realmente toda mi infancia, hasta los 14 años, crecí y viví en un pueblo muy pequeño que se llama Chinameca, que está al sur del estado de Veracruz. Es un municipio muy pequeño, que está básicamente metido en la sierra. Es un pue-

blo muy interesante porque es un pueblo mestizo, aunque en realidad está rodeado de buena parte de población indígena.

Entonces creo que eso fue un elemento importante cuando pensamos un poco en mi formación y en mi persona, justamente porque conviví con una población bastante amplia de esa naturaleza, que además también daba un carácter muy peculiar. Y es un lugar en el que yo crecí viendo tradiciones indígenas desde muy pequeño, y que a mí me marcaron en buena medida durante mi infancia. También, a la par de esto, es una zona bastante religiosa. Las festividades religiosas son importantes para mí, porque después acabaría justamente haciendo historia de la religión, historia de las creencias religiosas, historia de la Iglesia. Entonces creo que por ahí hay un elemento fundamental: esa formación o esas vivencias de la infancia marcan al historiador posteriormente. Es una zona también llena de muchas tradiciones, llena de música. Es cuna, por ejemplo, del fandango veracruzano.

Mis padres, ¿quiénes fueron? Mi padre se llamaba Gabino Castillo, soy el homónimo. Mi madre se llama Emigdia Flores. Mi madre acabó la primaria, mi padre la secundaria. En realidad no hay una tradición letrada en la familia. Mi padre fue obrero ahí en Chinameca. De hecho, nos mudamos a vivir a este pequeño poblado porque él llegó a trabajar a una fábrica que estaba justamente ahí. Ahí crecí, en este pueblo muy, muy pequeño, y después nos mudaríamos cuando yo tenía 14 años. Nos mudamos a Martínez de la Torre, que es de donde originalmente soy.

¹ Historiadora. Es estudiante de la licenciatura en Historia y Estudios de Humanidades en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Actualmente es becaria del Programa de Apoyo a la Investigación del Centro de Estudios Humanísticos de la UANL, donde desarrolla el estudio titulado *Transformaciones de la moda femenina durante el porfiriato en Monterrey, 1896-1910*.

Eso también es muy interesante, este elemento migratorio también marcó en buena medida al historiador, es decir, vivir en Chinameca implicaba trasladarnos desde pequeños, sobre todo en periodos vacacionales hacia el norte del estado, a visitar a la familia y atravesar Veracruz, que es un estado muy largo. Atravesábamos muchos poblados, muchas regiones, zonas como Catemaco, que es famosa justamente por una serie de elementos, incluso culturales. Todo aquello que tiene que ver con lo mágico-religioso, pero que también tiene que ver con los paisajes, con los contrastes de las planicies a la selva, de la selva al mar, y del mar a las montañas. Entonces creo que eso también fue muy relevante. Pensando en estos elementos de movilidad, la familia de mi madre es zacatecana, entonces también hay vínculos míos por acá un poco más hacia el norte, de la zona de Jerez, en Zacatecas. Y la familia de mi padre, por su parte, es de la sierra norte de Puebla. De hecho, la madre de mi padre era indígena náhuatl, por lo tanto también mi padre, aunque creció más en una cultura mestiza, también tenía obviamente en la sangre la cultura indígena.

Es muy interesante ver cómo todos estos procesos sociales y culturales tuvieron cierta repercusión en lo que es al día de hoy como historiador. ¿Cómo llegó usted a Coahuila?

Casualidad y necesidad, las dos cosas. Mira, yo llegué a Martínez de la Torre de 14 años. Unos años después, cuando tenía apenas 17, me fui a estudiar la licenciatura en Historia a Xalapa, Veracruz, que es la capital del estado. Una universidad que además está volcada sobre la universidad, es decir, es una ciudad hecha para los estudiantes, construida sobre la cultura misma, es parte de la identidad de Xalapa. Entonces, yo la verdad no pensé que fuera a estudiar. En realidad, un poco si seguimos la lógica de los grupos sociales, no debería haber llegado a la universidad. Por fortuna hubo movilidad social, se pudo, llegué, me mandó mi familia a estudiar a Xalapa. Fíjate, es muy curioso, yo iba a ser contador. ¿Por qué contador? Porque en Martínez de la Torre era lo que había. Terminé en Xalapa estudiando historia. Culpa de una profesora de preparatoria, porque además me dio una muy buena clase de historia y es la relevancia de los profesores también. Ella me motivó en buena medida, me dijo: “mira, pues estudia historia o antropología, que te pueden gustar mucho”. Además, veía que mi perfil iba hacia ese ámbito. Hablé con mis padres, ellos me apoyaron, siempre me apoyaron. Aunque ellos no llegaron a la universidad, siempre fue muy relevante para ellos que sus hijos estudiaran. Entonces me fui a estudiar historia a Xalapa. Así llegué ahí, estudié ahí la licenciatura en Historia, me enamoré completamente de la profesión, me atrapé desde la primera vez que yo empecé a tener clases. Tuve muy buenos profesores en la Facultad de Historia de la Universidad Veracruzana, muchos de ellos incluso sin doctorado, pero con una excelencia docente que te animaba justamente a pensar en algo más. Estando en la licenciatura, empecé a descubrir que existen unas cosas que se llaman maestrías y unas cosas que se llaman docto-

rados, y que además puedes tener beca si tú aplicas a alguna de ellas con una excelencia académica, y no me costó para nada hacerlo porque además me encantaba la carrera. Entonces de ahí me fui a estudiar la maestría a la Ciudad de México, a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ahí estudié la maestría en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras. Luego de la maestría, acabé estudiando en El Colegio de Michoacán el doctorado, y después me regresé a la Ciudad de México, donde hice dos estancias posdoctorales en la UNAM. Y estando en la UNAM, empecé a dar clases. Me fui a vivir a Chiapas un tiempo, donde di clases en la Universidad Autónoma de Chiapas, en San Cristóbal de las Casas. Luego regresé a la Ciudad de México, y posteriormente a Coahuila. Fue un viaje bastante largo, un poco ir de sur al centro, del centro al Pacífico, del Pacífico al centro, luego otra vez al sur, y luego al norte. Ha sido una travesía bastante larga, pero de muchos aprendizajes y también creo que eso ha sido fundamental. Mi forma de concebir la historia, insisto, está muy ligada también a la relación con la movilidad de la niñez y creo que llegar a Coahuila fue una mera casualidad, no me arrepiento para nada. Es un lugar que me gusta mucho, y pues bueno, un poco esa es la trayectoria, a través de la cual llegué a Saltillo.

Básicamente hizo todo un “tour académico” para llegar a donde está ahorita. Usted ya mencionó que tuvo docentes que lo hicieron enamorarse aún más de la historia. ¿Hubo algunos docentes o autores en general que marcaran su forma de concebir la historia?

Sí, siempre. Fíjate que eso es muy interesante y pasa mucho cuando estudiamos historia. Creo que muchas veces, además de la historia personal, siempre nuestra decisión está muy relacionada con buenos profesores y profesoras. Si me dices a mí, yo te podría decir que, desde que vivía en Chinameca, en la secundaria tuve un muy buen profesor de historia. Ni siquiera era historiador, pero era excelente dando clases de historia. ¿Sabes qué me gustaba mucho a mí? Cómo estos docentes o autores en su clase transmiten justamente esta pasión por la historia y por la reflexión sobre lo social y sobre lo cultural. Eso me ha gustado mucho. Entonces, aunque tú me preguntas ahora de autores, yo le daría un espacio a mi profesor de secundaria, a mi profesora de preparatoria, que aunque no era historiadora, era socióloga. A partir de la licenciatura, tuve un muy buen profesor, amigo incluso hasta la fecha, que se llama Jorge Rodríguez Molina. Fue mi profesor en la facultad, una muy buena persona y además era de estos hombres que te motivan todo el tiempo, y que están encaminándote a seguir superándote, no sólo en cuestiones de aprendizaje, sino además de crecimiento personal. Creo que ellos serían como los tres personajes básicos, en mi formación como historiador

Y luego, si somos como un poco más académicos, yo te diría que hay autores que para mí han sido fundamentales en mi formación.

Desde los clásicos que a mí me enseñaron en la licenciatura, creo que están los autores de la corriente de Annales: el propio Marc Bloch, Jacques Le Goff, Fernand Braudel. Creo que mi ingreso a la historia fue a través de ellos. Luego descubrí a otros más que también fueron para mí muy importantes y que actualmente me acompañan todavía en mi forma de trabajar. Por ejemplo, E.P. Thompson y Eric Hobsbawm. Sumaría a Arlette Farge, a quien descubrí ya tarde, pero que me parece una autora increíble. Yo la conocí por otro autor que me marcó, que es Tomás Calvo, que fue mi director de tesis doctoral. Farge me parece sensacional. Es una autora francesa que habla sobre archivos judiciales, sobre la importancia de los archivos en la investigación, sobre estas formas de entender el mundo social desde una perspectiva mucho más subterránea, más que verla desde las élites. Y finalmente tal vez te diría que el propio Clifford Gertz es un autor que para mí también es fabuloso, aunque no es historiador sino antropólogo. Creo que sus textos, en particular ese de la interpretación de las culturas, a mí se me hace un texto genial que incluso sigo dejando a mis estudiantes todo el tiempo.

En el ámbito posterior a la licenciatura, en la maestría o doctorado, pues el propio Tomás Calvo es para mí casi mi padre intelectual. Creo que ahí aprendí gran parte de lo que hago. Y pues yo creo que tendría que mencionar a María Alba Pastor de la UNAM, fue una gran profesora, muy teórica, que me pareció sensacional. Aprendí mucho de ella. María Alba Pastor Llana y Leticia Pérez Puente de la UNAM también. Con ella hice unas estancias postdoctorales en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación y también de ella aprendí muchísimo. Hay un montón de gente detrás. En realidad, los historiadores y las historiadoras siempre tenemos detrás un ejército de gente que nos aporta una gran cantidad de herramientas, pero también de reflexiones que te acompañan a lo largo de tu vida profesional.

¿Nos podría hablar un poco de sus temas de investigación?

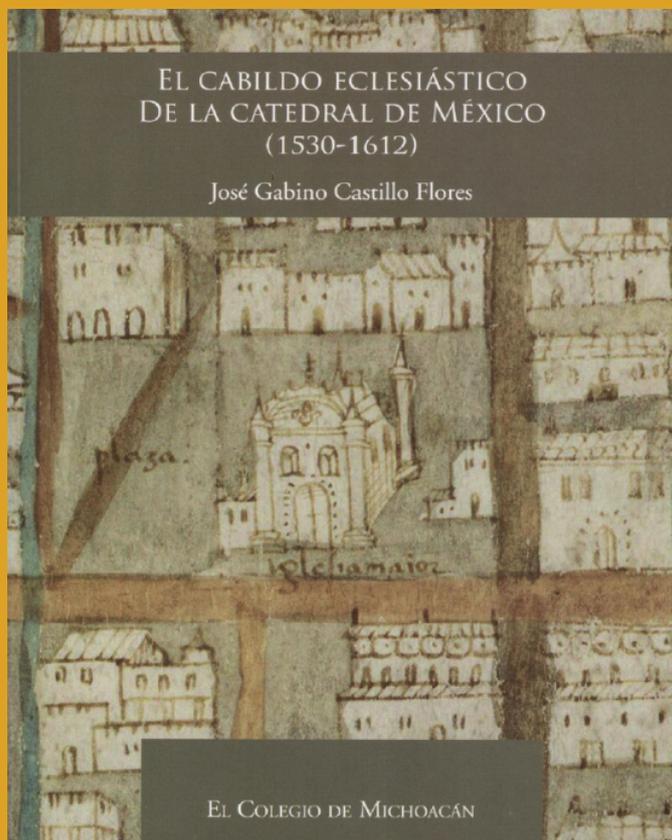
Empecé desde la licenciatura muy pronto, porque me enamoré de la historia y de la investigación. Lo hacíamos porque nos gustaba, pero también porque sabíamos que era un medio de movilidad social, y que iba a ser la única forma de lograrlo. Yo empiezo muy temprano, haciendo cosas sobre creencias religiosas. Yo empecé trabajando cosas que tenían que ver con la muerte, un poco cosas más de antropología. Me gustaba mucho estudiar todo lo que tenía que ver con el Día de Muertos, con las ofrendas, con lo que se creía alrededor de la muerte. Es decir, prácticas y creencias religiosas alrededor de la muerte.

¿Por qué lo hacía? Pues es evidente, ¿no? Veracruz, zona indígena, zona donde el culto a los muertos es no sólo una festividad, sino que es parte de la propia identidad regional. Entonces, por ahí entro un poco, porque más que estudiar la conmemoración en sí, era ver la relevancia que tenía la cultura en esos momentos. Para mí era como si la cultura se manifestara de pronto en el ámbito material, invadiera la

vida cotidiana y hubiera una especie de conexión entre la cultura entendida como algo general, como una superestructura que de repente estaba ahí, sobre el mundo social y material. Leía muchísimos antropólogos, incluso me metí a estudiar antropología porque me fascinaba tanto y encontré una vinculación tan bonita entre historia y antropología.

Para no hacerme el cuento largo, acabé poniendo mi atención sobre los testamentos. Preguntándome cuál era el medio fundamental a través del cual yo podía estudiar la muerte, acabé usando los testamentos como fuente principal. Me metí a la corriente de Annales, conocí a Michel Vovelle, a Le Goff, y a muchos otros que habían trabajado la muerte, como Vincent Thomas. A fin de cuentas, estos autores veían en la muerte un elemento para entender el mundo social y cultural. Entonces, acabé estudiando los testamentos y viendo a través de ellos cómo, en el periodo colonial, en el siglo XVIII, se podían reflejar las actitudes y prácticas ante la muerte en un momento en el que la Iglesia y la religión ocupaban un papel central en el mundo social. Y así empecé a trabajar. Entonces, mi tesis de licenciatura y varios de los primeros trabajos que publiqué, fueron en torno a estas reflexiones sobre la muerte: la creación de cementerios, la cuestión de las epidemias, los aspectos de la higiene. Fui vinculando varios temas que se ligaban a ello a fines del periodo colonial y a inicios del siglo XIX, donde consideraba yo que estos temas sufrían una serie de cambios que iban muy ligados a la secularización impulsada por el Estado.

Y luego me fui a la UNAM. Empecé a trabajar cosas más urbanas, pero ligadas a lo mismo. Empecé a trabajar un poco cómo las epidemias, la higiene y la Ilustración transformaron justamente el espacio urbano de una ciudad como Xalapa a inicios del siglo XIX. Y fui entendiendo la idea de la Ilustración, la idea de la consolidación del Estado nacional, la idea del liberalismo, y cómo impactaron en estos cambios del Antiguo Régimen. Me interesó mucho eso. Y luego, aunque andaba en esos temas, acabé trabajando otra vez la Iglesia, porque en el doctorado yo llegué pensando en un proyecto de historia urbana para el siglo XIX, y conocí a Tomás Calvo, que te decía que es como mi padre intelectual. Y pues don Tomás Calvo me puso el mundo de cabeza, porque un día fuimos a una visita a la Catedral de Guadalajara a hacer trabajo de campo en los archivos, y de repente pusieron un libro gigantesco sobre una mesa, que a mí me pareció impresionante. Pregunté qué era, y descubrí que aquello era un libro de actas de cabildo. No tenía la menor idea de qué era eso, pero resultó que eran las actas que producían los miembros del cabildo eclesiástico de la Catedral durante el periodo colonial. El cabildo es este cuerpo que acompaña al obispo, como una especie de senado, aunque no lo es, y yo me quedé impresionado. Entonces Calvo me volteó a ver, porque era yo su tutorado, y me dijo: “estos temas no se han trabajado, deberías trabajarlos”. Y si me lo decía Tomás Calvo, pues yo cómo iba a decir que no. Entonces dije: “bueno, pues voy a trabajarlo, ¿por qué no?” Lo curioso fue que acabé trabajando, no el de Guadalajara, sino el cabildo eclesiástico de la Ciudad de México en un periodo fundamental. Fue muy interesante, nadie lo había hecho y hacía falta un buen trabajo del cabildo eclesiástico de la Catedral de México, que era la Catedral Metropolitana, el arzobispado, el centro, el corazón de las instituciones eclesiásticas novohispanas. Entonces acabé trabajando los cabildos eclesiásticos.



Si me preguntaras cuál ha sido mi línea en los últimos tiempos, pues son los cabildos eclesiásticos. Tengo un libro sobre ellos: *El cabildo eclesiástico de la Catedral de México (1530-1612)*. Luego, con Leticia Pérez Puente, hicimos otro libro coordinado que se llama *Poder y privilegio*, también sobre cabildos eclesiásticos novohispanos. Hicimos otro que se llamaba *Educación y prebenda* para analizar el papel de la educación y de la universidad en el alto clero. Luego trabajamos ceremonias públicas, etc. Por ahí han ido mis líneas de investigación, yo te diría que es un poco la historia social del clero novohispano, sin perder de vista las dimensiones simbólicas de ese poder. Ahora estoy acabando un texto que vamos a publicar Tomás Calvo y yo, que se llama *La Iglesia en los márgenes del Imperio*, y es sobre los proyectos eclesiásticos y misionales en las fronteras, tanto del norte de la Nueva España como del sur. Vamos a analizar áreas como Yucatán, Guatemala, Chiapas, y luego por acá arriba, Sonora, Linares, etc. Es un poco una visión global.

¿Nos podría compartir cuál es su proceso de investigación?

Claro. Mira, yo diría que los procesos de investigación siempre van cambiando, porque van cambiando tus temas, tus intereses, tus propias perspectivas, según lo que vas leyendo. Si tú me preguntaras qué ha cambiado, yo te diría que antes hacía el clásico proceso de hacer una revisión historiográfica, ir al archivo, encontrar un tema que fuera importante para mí, pero que además esté un poco a la moda, porque también un poco uno marcha con eso. Pero ahora yo no trabajo temas: trabajo problemas. Trato de pensar, no en un tema para narrar, sino más bien en temáticas que posibiliten el planteamiento de problemas. ¿A qué me refiero con eso? Que más que un tema, sea algo que a mí

me permita entender cosas mucho más grandes, mucho más globales.

A lo mejor yo quiero trabajar una ceremonia, porque considero que esa ceremonia me permite a mí entender formas de cómo se negocia el poder, de cómo desde el punto de vista simbólico, los grupos interactúan entre sí, formas de sociabilidad, todo ese tipo de aspectos que pueden enmarcarse de forma mucho más integral dentro de un problema de investigación. Sí, creo que mi proceso sería no pensar en la descripción, sino más bien en el análisis y en la reflexión. Las y los historiadores, hasta hoy y sobre todo en las tesis, solemos hacer más una narración, un poco siguiendo la documentación de lo que vamos encontrando, para contar una historia. Yo creo que una de las cosas que debemos sumar a las investigaciones es hacer muy patente nuestras metodologías y nuestros marcos teóricos, algo que generalmente no hacemos.

¿A qué me refiero? Bueno, que las y los historiadores debemos ser muy claros en cuáles son nuestras categorías, cuáles son nuestros objetivos, a qué queremos llegar, a qué metodología recurrimos, para qué nos sirve una investigación de esa naturaleza. Creo que eso es lo que ha cambiado más. Hay que hacer más patente nuestro andamiaje metodológico y teórico a la hora de escribir historia. Lejos de sólo narrar, que creo que también eso nos ha metido en problemas. Usualmente se nos ha criticado mucho a las y los historiadores porque sólo narramos, sólo describimos, y yo sí estoy convencido, hoy en día por lo menos, que es necesario que le apostemos un poco más a estos elementos sin perder, claro, el papel de la descripción, el papel de la de la pluma, a veces hasta un poco literaria, al momento de escribir historia. Seguimos pensando en sí lo que hacemos es un poco de literatura o de historia; yo creo que debemos apostarle un poco más a estos elementos teóricos.

¿Cómo es su día a día? Entiendo que usted es miembro del SNI además de docente.

Es una pregunta muy difícil. Yo creo que uno medio sobrevive. Vamos a empezar, si quieres con una crítica: creo que uno de los grandes problemas para nosotros, que ya estamos en una universidad siendo docentes, siendo investigadores, es el tiempo. Uno tiene que dividirse por lo menos en tres ámbitos: uno es la investigación, otro es la docencia y otro es la gestión. ¿Cómo es el día a día? Pues, por un lado, es estar pensando en los avances de investigación y en los temas que tú tienes siempre en puerta. Estás redactando artículos, pensando en algún libro, pensando en algún seminario, pero por el otro lado tienes la cuestión de la docencia, que para mí es maravillosa. Yo creo que una de las cosas que más amo es dar clases, y eso implica prepararlas, implica atender alumnos, implica dedicarles tiempo. También porque si no lo haces, tus clases son bastante superficiales. Y, finalmente, la cuestión de la gestión, es decir, creo que uno de los grandes problemas de aquellos que estamos, sobre todo en la universidad pública, es que tenemos muchas cosas de gestión encima, y eso nos limita en buena medida el cumplir con las otras dos actividades. Hoy en día, muchos

docentes somos administradores, prácticamente, y dedicamos la mayor parte del día a cosas administrativas. Es una de las grandes quejas que tenemos muchas veces los investigadores. Se nos pide hacer investigación, hay que cumplir con el SNI, pero tenemos tanta carga administrativa que a veces lo más relevante que debería ser la investigación y la docencia acaban por pasar a segundo plano.

Bueno, es complicado este proceso. También tiene su lado divertido. Uno atiende muchas cosas, y la verdad es que uno dedica su tiempo a eso con todo el cariño del mundo. La única queja que yo tendría sería esa, que creo que en la universidad pública hay demasiadas cosas de gestión, de administración, que creo que deberían sistematizarse mejor, planearse mejor, con la finalidad de dejarle al investigador un poco más de espacio. Dedicamos mucho tiempo a lecturas, mucho tiempo a prepararte, y de repente llegas a una plaza, y te das cuenta de que muchas veces el 50% o más de tu tiempo se va en otras cosas, y eso es una lástima porque se podría generar mucho más, pero no lo vamos a solucionar ahora.

¿Qué reconocimientos ha recibido usted a lo largo de su trayectoria?

No muchos en realidad, aunque creo que a final de cuentas la obra marca caminos. ¿A qué me refiero? A que alguien puede ser un excelente investigador, sin tener algún tipo de reconocimiento. Si me preguntas a mí, pues mi propia pertenencia al Sistema Nacional de Investigadores desde el 2015, y al Sistema Estatal de Investigadores, al que ingresé en 2023. Reconocimientos en general, pues las propias becas que he obtenido: tuve la beca de Santander, que era una beca importante para nosotros de movilidad; la beca Teixidor, que ofrece la UNAM para estancias en el Instituto de Investigaciones Históricas; las propias becas de maestría y de doctorado que me ha otorgado CONAHCYT; y sumaría también, tal vez, las dos estancias postdoctorales en la UNAM, que también son parte de esos reconocimientos también a tu trayectoria.

¿Cómo ha sido su trayectoria como docente? ¿Qué nos puede decir sobre la enseñanza de la historia?

Definitivamente es una de las cosas que más disfruto de mi trabajo. Además de investigar, creo que dar clases es una de las actividades más satisfactorias, no sólo por el hecho de lo que transmites, sino también por lo que aprendes. Siempre he creído que la relación profesor-alumno es una relación recíproca. No sólo enseñas, sino que al mismo tiempo aprendes. Entonces, para empezar, creo que la docencia es una escuela abierta. Para ti como docente también, porque todo el tiempo estás creciendo en cuanto a tu formación. El contacto, además, con las nuevas generaciones para mí es fundamental, porque vienen con otra mentalidad, con otras necesidades, su forma de aprender es distinta y te imponen retos. Yo empecé dando clases chico, más o menos como a los 20 años, en una preparatoria, por encargo de un profesor que me solicitó un poco de ayuda porque él iba a salir, me dejó su clase. Muy rápido descubrí que me gustaba mucho y que se me facilitaba además dar clases. Me agradaba mucho eso de aprender, eso de enseñar, preparar clases. Empecé ahí en la prepara-



toría. Luego ya no di clases porque me fui, como decíamos, becado. Y como agarré becas muy seguiditas, me fui de la maestría hasta el doctorado. Entonces la siguiente experiencia que yo tuve fue en Zacatecas, donde me invitaron a impartir algunos cursos. Luego tal vez la etapa más formal de docencia fue en la UNAM, en el sistema abierto. Esa creo que fue la experiencia más gratificante, estando entonces recién egresado del doctorado. Me encantaba la UNAM, además de que es referente a nivel nacional. Estuve ahí tal vez como año y medio, más o menos. La mayoría de los estudiantes eran de varios estados porque llegaban a estudiar a la Ciudad de México.

Luego de la UNAM me fui a Chiapas. Estuve ahí, acabé el doctorado. De pronto, se acabaron las becas, se acabaron las instancias postdoctorales y el mundo fue, ¿y ahora qué va a pasar? Tuve la suerte de que me invitaron de la UNACH que está en San Cristóbal a dar clases. Me fui para allá. En la UNACH, la crítica y la reflexión eran muy fuertes porque además la zona es cuna del movimiento zapatista, de toda esta lucha en favor de los derechos humanos, en favor de los derechos de los indígenas, etc. También lo disfruté muchísimo. Y estando en Chiapas, recibí la noticia de que había una plaza en la Universidad Autónoma de Coahuila. Aquí había llegado antes un colega del doctorado, Gustavo González, quien hoy en día es director de la facultad. Me llamó por teléfono y me dijo: "oye, hay una plaza. ¿Te interesa concursar?" Yo le dije que sí me interesaba, porque no tenía todavía una plaza en Chiapas. Así fue como llegué a Coahuila: fue una mera casualidad de una plaza que se abrió. Yo no la esperaba, tampoco esperaba ganármela. Pero me la ganó y así acabé instalado en el norte del país, lo cual agradezco mucho porque en realidad he aprendido muchísimo y además he tenido la oportunidad ya de manera formal de estar dando clases.



¿Cuáles materias ha impartido durante su estadía en la Universidad Autónoma de Coahuila? ¿Qué materias son las que más ha dado durante este tiempo?

La que más he impartido se llama “Historia de la península ibérica” y otra es “México: siglo XIX”. También “Historia de los grupos subalternos”, y en maestría doy “Seminario de investigación”. Entonces creo que son las materias que más he dado al llegar aquí a la universidad. “Historia de la península ibérica” es un curso muy interesante, porque además vemos toda la parte medieval de la península ibérica y las herencias posteriores en México y en América. Y en “México: siglo XIX” vemos toda la consolidación del Estado-nación, todos los problemas se pueden vincular muy fácilmente con el propio presente, y eso es lo que me gusta mucho hacer.

¿Cuáles son las metodologías de aprendizaje que usted ejerce en las aulas?

Yo suelo adaptarme a los grupos. Cuando llego a dar clases, las primeras sesiones son un poco para entender al grupo, ya que cada grupo es distinto, siempre hay personalidades nuevas, siempre hay formas de aprendizaje distintas. En cuanto a métodos, mi favorito es el aprendizaje basado en el pensamiento, que se acomoda muy bien a la enseñanza de la historia: la idea de promover siempre la reflexión y el análisis sobre los contenidos vistos en clase. A mí me gusta mucho relacionar siempre el presente y el pasado, creo que es la mejor manera de que el conocimiento sea más significativo. Si el conocimiento no es

significativo, se va a desechar rápido. Otro método es el aprendizaje basado en proyectos; la idea es dejar que los estudiantes sean parte de su propia formación, que elaboren proyectos juntos, que también piensen o resuelvan un problema. Suelo también ponerlos a dar clases, para que también ellos adquieran la experiencia de estar frente a un grupo, tratando de impartir una sesión. Me gusta mucho también el aprendizaje cooperativo, es decir, trabajar en equipos. La enseñanza tradicional siempre ha apostado mucho por la individualidad, pero hoy en día sabemos que una de las cosas que más se recomienda es el aprendizaje cooperativo, y además que sea significativo, es decir, no hacer equipos para que alguien haga una parte del trabajo y otro la otra, y que armen todo antes de la clase, sino que sean proyectos donde trabajen de manera conjunta. Es básico también tratar de usar tecnologías para el aprendizaje, algunas herramientas digitales que pueden ser buenas. Me gusta mucho que mis estudiantes traten de ver que el pasado no está muerto, y que si vemos historia no es únicamente para aprender fechas y nombres, sino para aprender a pensar el presente.

Usted se desempeñó por un tiempo como coordinador del programa de Maestría en Historia del noreste mexicano y Texas, que ofrece la Universidad de Coahuila. ¿Qué nos podría comentar sobre este programa?

Es un programa que ha sido bastante exitoso. Yo creo que los estudios de posgrado son fundamentales. Los posgrados son un espacio para profesionalizarte, para formarte más en la investigación, para aprender muchísimo; creo que las maestrías y los doctorados deberían ser el pilar incluso de la formación de los estudiantes. Es más, creo que es un derecho fundamental. Mira, a la maestría se le puso por nombre del Noreste mexicano y Texas. Yo llegué a Saltillo el 13 de enero de 2017, y al año siguiente, a mí me invitaron a integrarme al proyecto de diseño de la maestría, entonces me tocó estar desde el inicio. Había un poco la inquietud de crear un posgrado, no se había logrado, entonces llegué y fue una de mis primeras encomiendas en la universidad. Yo acepté, porque para mí han sido fundamentales, yo no podría estar hoy en día teniendo una plaza en una universidad pública si no hubiera sido por los posgrados y por las becas que ofertaban.

Entonces empezamos el diseño. El nombre lo consideramos muy necesario porque nos dimos cuenta de que es una región que tiene mucho por dar históricamente, que es una región riquísima, pensando en los tres estados que conformamos el noreste de México: Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, y sumamos Texas porque consideramos que era fundamental ponerla por su relación histórica con la región. Ya sabemos que en 1836 se independizó, pero la relación continuó, es una relación histórica y hoy en día con una frontera binacional que es importante para entender al país. Entonces teníamos eso en mente: darle el lugar, la importancia que se merece una región como el noreste. Yo empecé a leer sobre este espacio: entonces conocí los textos del doctor César Morado, del doctor Octavio Herrera, y los de todos los grandes investigadores y de los jóve-

nes también. Empecé a hacerme de varios conocidos, a leer sus textos y me di cuenta de que el noreste tenía esa relevancia. Le faltaba todavía puntualizar esa relevancia histórica. Los colegas de Nuevo León creo que son los que más habían avanzado en la reflexión sobre ese noreste. Entonces creímos que, si fundamos un posgrado, no tenía que ser nada más un posgrado en historia como las que ya se ofertaban en todos lados, sino un posgrado que realmente impactara de forma regional, pero no sólo sobre Coahuila, sino de la relación entre Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas y Texas.

La siguiente tarea fue tratar de involucrar a colegas del noreste. Entonces empezamos a buscar contactos. Como me nombraron coordinador desde 2019, y la maestría se abrió en agosto, me empecé a poner en contacto con todo el mundo. Ahí apareció Moisés Saldaña, el propio César Morado, más otros colegas de Nuevo León y varios más de Tamaulipas. Entonces yo te diría que la maestría integra a muchos colegas, no podríamos nosotros desde Coahuila tener únicamente un posgrado con ese nombre si no fuera por el apoyo que nos han brindado todos los colegas tanto de Tamaulipas como de Nuevo León y algunos texanos, que nos ayudan a tratar de pensar históricamente el noreste de México y su relación con Texas. Es, pues, un posgrado que además tiene la intención de darle un espacio a nuestros estudiantes que salían de la licenciatura y que no tenían donde hacer una maestría, más que yéndose a Zacatecas, a San Luis Potosí o a Ciudad de México. Creíamos que era una responsabilidad nuestra ofrecerles un área de especialización.

Estamos trabajando ahora en el doctorado. Dejé la maestría, pero porque ahora estoy diseñando el doctorado y estoy pensando en otros aspectos de vinculación. Al frente ha quedado el doctor David Vázquez, muy buen amigo y colega. Entonces un poco va por ahí, es un posgrado que ha sido exitoso en el sentido de que muy rápido se metió a CONAHCYT en 2020, entramos al PNPC y luego, en 2023 acabamos de pasar ahora al SNP (ya ven que cambió de PNPC a SNP). Entonces es un posgrado que sigue con estos estándares de calidad, ojalá que se puedan mantener y ojalá que CONAHCYT permita eso, la supervivencia de los posgrados. Nuestra meta sería que, a largo plazo, tengamos un impacto regional también en la formación de estudiantes, es decir, que lleguen colegas estudiantes de Nuevo León, de Tamaulipas y que realmente mantenga esa visión regional, que es lo que buscamos a fin de cuentas. Insisto: no tendría ningún sentido si no pensamos el posgrado en vinculación con la UANL y con la UAT, porque de lo contrario sería un posgrado local y no es lo que queremos. Queremos abonar realmente a la región, es el objetivo central de la maestría.

Usted, ¿qué cualidades piensa que debería tener un historiador?

Eso es muy difícil, porque depende de cada quien. Pero yo creo que una de las cualidades sería no perder esa intención de pensar en que se puede cambiar al mundo. Te digo en qué sentido: yo creo que debe ser la tarea básica de las ciencias sociales. Así como la ingeniería o la arquitectura tienen metas muy claras (como el avance en la construcción, el menor impacto en el medio ambiente y demás), no-

sotros deberíamos tener como clave el abonar justamente para tener un mundo mejor. ¿A qué me refiero? Nosotros pensamos en las necesidades actuales, y creo que los historiadores más jóvenes no deben de perder la idea de ser muy críticos con su realidad social. Debe existir un mayor interés por los problemas sociales actuales. Creo que nuestra disciplina está un poco atravesando por una crisis, una especie de crisis de identidad, en el sentido de que son tantos temas, nos fragmentamos en tantos aspectos, que de repente estamos trabajando en seminarios que sólo son para nosotros mismos, no para los miembros de la academia.

Si tú me preguntas sobre las cualidades que alguien debe tener como nuevo historiador, pues yo diría eso: yo creo que deberíamos tener como principal cualidad un interés real por las problemáticas sociales actuales. Esto no tiene nada que ver con cosas de partidos políticos que propongan iniciativas. Pero sí creo que una de las cosas que la historia debe recuperar es su derecho a pensar el presente y a interpretarlo. Pareciera de pronto que el historiador tiene este problema de creer que la historia sólo sirve para conocer hechos del pasado. Es muy importante lo que está en el pasado, pero no lo estudiamos sólo para saber cómo ocurrió algo, sino para entender el presente. Nos podemos hacer miles de preguntas, pero todas están hechas para analizar el presente, y además para incidir también en la comunidad. Creo que las historiadoras y los historiadores nos hemos alejado un poco de eso. Tenemos que recuperar más espacios y reclamarlos. Pensar en impactar en los problemas contemporáneos; es una de las cosas que tenemos que retomar y tener como clave en la enseñanza y en la investigación. Eso pienso.

¿Cómo ve usted a las nuevas generaciones de historiadores?

Lo voy a vincular con la pregunta anterior. Si tú me preguntabas cuáles son las cualidades, a lo mejor yo te podría decir cuatro: el historiador y la historiadora tienen que ser disciplinados. Deben ser lectores o lectoras incansables. Eso nunca lo vamos a perder, aunque los medios cambien, aunque ya no sean libros impresos sino digitales, en el formato que sea tenemos que ser lectores incansables. Te diría que hay que seguir conservando esta idea de tener una amplia imaginación, porque también hay que hacerlo, además una postura bastante crítica. Y la otra sería un gusto por la teoría, creo que es una cualidad que hay que sumar a los chicos. Hoy en día, están muy alejados de la teoría y creo que es muy importante. A la teoría la vemos siempre muy aburrida, y en realidad no. La teoría es toda la base para ayudar a entender los problemas, es la forma en la que podemos problematizar y podemos hacer de algo que parece un hecho muy sencillo, un problema mayor. Te ayuda también a comprender realidades mucho más amplias; si no lo haces a través de la teoría, va a ser muy difícil. Si me dices cómo veo a las nuevas generaciones, pues mira, yo creo que más bien la pregunta no sería cómo vemos a las nuevas generaciones, sino cómo las vemos desde nuestra generación. Desde mi generación, pues yo podría decirte que tal vez hace falta que tengan más interés y demás; sin embargo, más bien creo que nosotros los docentes, sobre todo los que somos más mayorcitos, tenemos que sumarnos a comp-



Para finalizar esta entrevista, ¿qué consejo nos daría a los actuales y a los futuros investigadores de la historia y de las ciencias sociales?

Para empezar, les diría que reclamen una academia nueva, que asuman esa responsabilidad. Una academia que se preocupe por sus necesidades, una academia que sea mucho más abierta a las necesidades de los jóvenes, una academia que sea mucho más horizontal. De ahí les diría que sean abiertos a los cambios también. Ustedes van a llegar a una academia muchas veces anquilosada. ¿A qué me refiero con eso? A que nosotros nos formamos con profesores que ya son mayores hoy en día, que a su vez se formaron con profesores de la vieja escuela, muy buenos historiadores, historiadores fabulosos, grandes científicos, que revolucionaron la forma de pensar la historia. Eso fue maravilloso, pero hoy en día tiene que haber una renovación, y esa renovación tiene que venir de los más jóvenes, entonces yo creo que también es importante que ustedes consideren eso.

Yo les digo siempre a mis estudiantes que hay que repensar un poco también los intereses suyos. Les comento que, dentro de unos años, los temas no van a ser los mismos con los que nosotros conseguimos las plazas. Van a ser temas que estén centrados en el presente y en el futuro, como las inteligencias artificiales, los medios de comunicación, la ciencia, la tecnología, el agua, la contaminación, el género, el medio ambiente, la forma de habitar el espacio, las nuevas ciudades, los problemas urbanos. Hay que apostarle a eso. Y trataría de pensar también en impactar en esos temas. Ya no sólo se tratar de reproducir los temas de sus profesores, que es un poco lo que nosotros hicimos, y lo amamos. O sea, yo seguiría haciendo historia de la Iglesia, porque a mí me apasiona, sé que hay un gran elemento ahí, sé que es muy relevante hacerlo. Seguiremos haciendo trabajo en conjunto con colegas que también lo estudien, pero para los futuros investigadores, jóvenes en particular, yo les diría eso, que sean más interdisciplinarios.

Lo que viene ahora es aprender a trabajar en equipo. O sea, que se construyan grupos multidisciplinarios donde se construyan métodos comunes. Ya no es lo clásico que hacíamos, que cada quien escribía desde su profesión. Ahora es construcción de métodos, nuevas formas de trabajo. Es interesarse más en la forma de impactar en la comunidad y abrirse a nuevos métodos también de trabajo y a nuevos temas. Que no tengan miedo, que construyan nuevos temas, porque en el futuro esas van a ser las plazas que se abrirán. La academia tendrá que abrirse, tendrá que cambiar. Hay una academia que ya es mayor y que con el tiempo va a tener que dejar espacio a los jóvenes. Exijan los espacios.

render mejor a esas generaciones. Son generaciones muy entusiastas, muy dispuestas a aprender, nada más que nosotros tenemos que ver cuáles son los nuevos medios para hacerlo. Eso de repente nos va a dar un poco de miedo, porque no lo hacemos, muchos podemos llegar y querer dar clases al estilo tradicional, donde yo soy el profesor y las clases son verticales, y eso ya no funciona en las aulas. Entonces, veo a las nuevas generaciones en medio de muchos cambios, pero también con necesidades muy particulares. Creo que es responsabilidad nuestra meternos a las nuevas tecnologías, buscar nuevas estrategias didácticas, buscar nuevos elementos que a ellos les impacten en su formación. A las nuevas generaciones de historiadores ya no les interesa tanto saber de la Catedral de México en el siglo XVI, como a mí me gustaría que quisieran, sino que ellos quieren saber del impacto que tiene la inteligencia artificial en su día a día, quieren saber la relevancia que tienen las redes sociales, quieren saber la importancia que tienen los medios de comunicación, hay necesidades nuevas que ellos tienen. Las estudiantes, por ejemplo, tienen necesidad no sólo de llevar un curso de historia de las mujeres para ver qué hicieron en el pasado, sino también de ponerse al día a través de los movimientos sociales. Creo que ahí está la clave para recuperar esa emoción por la historia, y por eso la vinculo mucho con esta idea de cambiar el mundo. Creo que ustedes tienen que reclamar esos espacios, la academia se puede hacer una nueva academia, donde los egos no sean lo fundamental, donde los pleitos por ver quién domina qué archivo no sean el centro de atención, sino que sea más bien la idea de cómo construir un conocimiento que impacte en los problemas contemporáneos, temas de ciencia, temas de género, temas de medio ambiente.